

Ent — 250

ms — 200

Theatro Indice Comedias



Comedias de este primer tomo.

1ª. Sin honra no hay valentia.
2ª. La fuerza de la ley.
3ª. Amor y obligacion.
4ª. Antioco y Seleuco.
5ª. La vida de S. Alejo.
6ª. El valiente justiciero y Rico hombre de Alcala
7ª. El bruto de Babilonia.
8ª. La confusion de un jardin.
9ª. La Cena del rey Baltasar.
10ª. El Desden con el desden.
11ª. De fuera vendrá quien de casa nos echará.
12ª. El defensor de su agravio.
13ª. El Eneas de Dios y caballero del sacramen
14ª. La fuerza del natural.
15ª. La fingida Arcadia.
16ª. Fingir y amar.
17ª. El caballero.

COMEDIA FAMOSA.

SIN HONRA NO HAY VALENTIA.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey, Galan.	*Madama Eugenia, Duquesa.*	*Toribio, Gracioso.*
Rugero, Galan.	*Estela, Dama.*	*Llorenta.*
El Duque de Cápua.	*Luciana, Criada.*	*Dionisia, Niña.*
Leoncio, Barba.	*Teodoro, Viejo.* *Tiberio.*	*Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Estela Dama.

Estel. Divino y claro objeto,
del regalado Amor lugar sagrado,
de Venus dedicado
por afable y gallardo y por secreto,
donde Amor se regala,
pluma del Sol que con su luz se iguala:
Jardin bello y florido,
que con decir agradecido basta,
pues de flores vestido,
con tan clara limpieza honesta y casta,
tesoro de Amaltea,
exercitas en trono de la idea.
Aquí de mi Jacinto,
Duque de Cápua, en regalados brazos
conduce laberinto,
estrechos hizo Amor sus dulces lazos
en texidos tapices,
que el mayor bordar les dió matices.
O tú, fuente perdida,
por liberal, entre esas flores bellas,
ya clara, ya escondida,
que despues de atreverte á las Estrellas,
por las parras, las murtas
al prado arrojas quando al Sol las hurtas;
Si tienes de parlera
émulos entre acantos y alelíes,
por qué corres ligera,
y del cuidado de mi amor te ries,
sin repetir sonora
el dulce nombre del que el alma adora?
Cupidillo desnudo,
para bañarse en otra clara fuente,
quitó á la venda el nudo,
y Venus le replica tiernamente,
donde ciego te arrojas,
que el vuelo pierdes si las álas mojas?
Y el que engaños gorgea,
responde liberal de su alvedrio,
si el cristal me recrea,
no se rinde por eso el poder mio.
Qué importa, si te admiras,
que falten alas quando sobran iras?
Ya me ha visto el Jardinero;
de esa villana malicia
no hay segura voluntad.

Sale Toribio Gracioso de Jardinero.

Torib. Estela, señora mia,

pardiobre juntando flores,
para que en la mesa sirvan
del Rey, que os iba á coger
por hermosa clavellina:
no le pesara de veros,
ni para flor tan pulida
faltara precioso aliento,
ni quando tuviera envidia,
la nieve de vuestras manos
le pareciera marchita.

Estel. Qué presto el amor del Rey
el necio me significa! *ap.*
Tan bien al Rey le parezco?

Torib. No sé como me lo diga:
Un Rey tan mozo y galan,
que casarse no imagina,
ó miente naturaleza
en reportarle prolixa,
ó algunos ojos alegres
rigorosos si los mira,
le habrán parecido bien.

Estel. Quáles son, por vida mia?

Torib. Si á vos os dan en Palacio
de la mas gallarda y linda
el vitor de los galanes,
quando otras Damas le envidian,
perdone el Rey, que fuera
necio en no tener cosquillas
quantas veces os mirara;
que yo soy de una pollina
hijo legítimo, y quando
entre estas plantas sombrias
os veo quitarle al Sol
la luz que nos clarifica,
digo con toda mi fuerza,
y con todo quanto avivan
mis cinco sentidos, bien,
hasta la noche y el dia,
la semana, el mes, el año,
el Cura, las campanillas,
el Misal, las ampolletas
con que se cantó la Misa,
con que se hizo la boda,
para que de esta alegria
se engendrase la belleza
de esa deidad peregrina.

Estel. De tu rustiquez desdices,
para discreto caminas.

Torib. No son mios los reflexos
que la claridad me brinda.
Quando mi amada Quiteria,
señora Estela, era viva,
que Dios en el Cielo tenga,
muchas veces me decia:
Toribio, si tú estudiaras
en Escuelas, por mi vida,
que en ménos de quarenta años
fueras Clérigo de Misa.
Mas yo la decia: Calla,
que mas ciencia hay infundida
para servir y acertar,
que en la santa Notomía;
pues que para ser casado,
y mas si la novia es rica,
y el novio pobre, y de zelos
hay alguna perspectiva.

Estel. Viudo sois? lástima os tengo.

Torib. Mas lástima me teniar,
señora, siendo casado.

Estel. Y no teneis quien os sirva?

Torib. Ahí tengo una criada
en hábito de sobrina,
muy casta y muy virtuosa;
que como tengo una hija
de quatro años tan hermosa,
me la pule, me la limpia,
que está como una paloma.

Estel. Pues yo doy para mantillas
cien escudos, porque no
os desveleis con malicia
en no cultivar las flores.

Torib. Muy poco es, por vida mia,
que mas me tiene de costa
el ver de noche y de dia
visiones sin murmurar.
Es como cosa de risa
el ver algo y no parlarlo?
Si callare quatro dias
lo que viese, sarampion,
sarna, usagre, empeynes, tiña,
embestirán con mi cuerpo:
cómo callar? buenos dias.

Este. Quien habla en cosas que ofende,
no hace bien. *Torib.* Peor sería
hacer mal sin recatarse;
pero quál á esa divina

be-

belleza, sino es el Sol,
á quien hurtais la alegria
de esos encendidos rayos,
lengua ofendiera atrevida?
Estel. Guárdeos Dios; los cien escudos,
Toribio, no se me olvidan,
que he dado yo mi palabra.
Torib. Alegre mil siglos vivas
sin competencias ni zelos,
y tu hermosa gerarquía
de rostro, donde el Aurora
su claridad significa,
triunfe de arrugas y pecas,
hasta cumplir la premisa
del Ante-Christo espantoso,
que el juicio nos pronostica.
Salen Llorenta y Dionisia, niña.
Llor. Tente, dónde vas, muchacha?
Dion. Cómo muchacha? Dionisia
me llama mi señor padre:
bueno, azotarme queria
porque he perdido la cofia?
pusiérale ella una cinta.
Malos años; á mí azotes?
sepa, que aunque soy tan niña,
que quando me dan me duele;
y ha de advertir por su vida,
que soy grande para azotes,
y para palos muy chica.
Ay, ay, con lo que se viene!
tostadas y mantequillas
dice que son los azotes?
Vaya con Dios, á su tia
le dirá por mí, afufon
será mas razon que digan.
Estel. Hay tal brio de muchacha?
Llor. Muchacha? mas raterías
penetra, que la culebra.
Torib. Llega á señora; es perdida
por andar siempre galana.
Estel. Ella merece ser hija
de un gran señor.
Torib. No hará falta
miéntras que lo fuere mia,
que la quiero para Monja.
Dion. Monja? no sé qué le diga;
como comieremos, padre.
Llor. Tiene mas bachillerías
que una urraca. *Estel.* Sus donayres
direis mejor. *Dion.* Quándo habia
de ir á almorzar, señor padre?
Torib. El Rey sale ya de Misa
al Jardin. *Estel.* Voyme, tomad,
Dionisia, aquesta sortija:
que si como soy del Rey
(aun de nombrarle me irrita)
sierva humilde, fuera mas
(creelo de mi hidalguia)
mi potestad, yo os hiciera
una gran merced. *Dion.* Su vida
guarde el Cielo muchos años.
Padre, quando me la pida
Llorenta, no ha de llevarla,
puede tenerla escondida
para quando yo me case.
Llor. Con vuestras bachillerías,
miradme á esta cara bien.
Dion. Bueno, ya la tengo vista,
y que no es ni su zapato,
tan buena como la mia.
Salen el Rey, el Duque de Cápua, Galan, Leoncio, Barba, y acompañamiento.
Rey. Bello Jardin.
Duq. En Nápoles no ha habido
ni en Roma quien iguale á su belleza.
Rey. Aquí me alegra siempre divertido
de las parleras aves la destreza,
del manso viento el murmurar medido,
tan á su igual, que quãdo el canto empieza,
llevándole el compas con dulce acento,
parece que le sirve de instrumento.
Leon. Poco su Magestad lo ha encarecido,
pues Estela está aquí, cuya belleza
nuevas almas infunde al encendido
candor de rayos, que á su luz tropieza.
Rey. No me lo dixo el alma, necio he sido,
quando la obligo con mayor firmeza,
mas consigo de amor las excelencias,
pues es dueño de sus tres potencias.
Estela? *Estel.* Gran señor?
Duq. De zelos muero! *ap.*
que el Rey obliga, si mercedes sobran,
con amenazas de rigor severo,
que injusto fruto de su engaño cobran.
Rey. Las felices victorias, que Rugero

vuestro hermano ha tenido, en quien se lo-
mis deseos, serán al premio iguales. (gran
Estel. Viva tu nombre siglos inmortales.
Rey. Rugero, en la opinion de gran Soldado
(perdonen mis vasallos) nadie puede
preciarse de mas fuerte y alentado:
su gran valor al de Scipion excede.
Duq. Es gallardo.
Leonc. Y de suerte celebrado,
que á mil triunfos su dicha le concede,
con que de glorias su grandeza esmalta.
Rey. Si es hermano de Estela, qué le falta?
Estel. Beso tus pies.
Rey. Ese es el Jardinero?
Torib. Yo soy ese, señor, y soy el clavo
con que servir tu Magestad espero,
no como Jardinero, como esclavo.
Duq. Es muy entretenido.
Torib. Aunque grosero,
las clasis pretendí del desenfado,
que dicen, que en Palacio el vergonzoso
tiene muy pocos grados de dichoso:
porque si pido, dicen que me espere;
y si pretendo, dicen que es temprano;
y si miento, que el tiempo lo requiere;
y si digo verdad, que soy villano:
si me quexo, que calle y considere
que el Jardin solo sirve en el Verano;
sin ver que puedo, quando es vario,
servicio dexar dinero y Secretario.
Una Urraca parlaba cierto dia
en uno de esos olmos muy copados,
tan ufana, que Reyna parecia
de Alcones y de Sacres remontados;
pero apénas pronuncia en su harmonía
paga, paga, con ecos entonados,
quando un Neblí se arroja, y sus acentos
como pluma derramó en los vientos.
Este nombre de paga es peligroso,
que está reñido siempre con el toma;
y es un pleyto ordinario tan forzoso,
que es de Palacio una sutil carcoma;
pide el humilde, y niega el poderoso:
quién los concertará, aunque vaya á Roma
por un Buleto? pues decir yo debo
es una negativa al tiempo nuevo.
Rey. Qué familia teneis?
Torib. Una criada,
y para mi regalo esta menina,
que en casa me nació, tan desgradecida
como en lenguage y gracia peregrina.
Estel. Dos mil donayres tiene.
Llor. Es extremada.
Tor. Mejor á un mazapan, ó á dos se inclina,
que al exercicio de labor honesto.
Dion. Lo q̃ sabe mas bien, lo sé mas presto.
Rey. Haceis muy bien.
Torib. Aparta, bachillera.
Rey. Dexadla, que ántes quiero regalalla:
irásme á ver?
Dion. Quanto mandarme quiera
su gran perliquitencia:-
Torib. Necia, calla.
Dion. Haré con voluntad tan verdadera,
que baste su inclemencia á contentalla:
mal haya, amen, la poca edad (q̃ enfado!)
que á fe, que habia de ser mi desposado!
Torib. Perdone su Magestad
sus necias bachillerías.
Rey. Agradables niñerías
direis mejor; estimad
su donayre en mucho. Ay Cielos! *ap.*
no quita Estela los ojos
de Jacinto: mis enojos
ya brotan rabiosos zelos.
Leoncio, escucha, yo voy
á aquel cenador, que enlazan
jazmines que un olmo abrazan,
donde retirado estoy
lo mas del dia; y á Estela
dirás, que Jacinto allí
la espera, que quiero así,
de lo que el alma recela,
satisfacerme, que á él
yo le haré luego ocupar
en diferente lugar;
y si vá Estela cruel
á verle, me hallará á mí,
y veré mi desengaño.
Leonc. Tu gusto haré, aunque es extraño.
Rey. Pues qué extrañeza hay aquí?
Leonc. Que me podrá responder,
por disimular su amor,
que vaya él, y que es error
el mandar á una muger.
Rey. Vé, y no haya falta.

Leonc.

Leonc. Sea así.
Rey. Venid, Duque: Estela, á Dios,
que aquí se queda con vos
el alma que viene en mí.
Vase con el Duque y Leoncio.
Estel. Si la que tengo me llevas,
mal conoceré la tuya,
que si es del Duque, y soy suya,
mis penas así renuevas;
mas tengamos confianza.
Dion. Ha visto? no me dió nada.
Estel. Yo espero veros premiada.
Dion. Bien pardiez, con esperanza
no se compran gargantillas,
ni arracadas á la hé,
porque tiene un no sé qué,
que hace en el alma cosquillas,
esto del dativo nuestro,
en que la ventura está,
que el que promete y no dá,
me dá por no darme presto.
Vanse, y queda Estela, y sale el Duque.
Duq. Divina Estela, divina
en el nombre y la belleza,
cuya gloria, cuya alteza
á su claridad se inclina,
ocuparme el Rey queria
en exercicio inferior
al de celebrar tu amor,
mas fué vana su porfia:
engañéle, y vengo á verte,
que siempre estoy esperando
para contemplar el quando,
por no ver el de mi muerte.
Estel. Págasme, Jacinto, poco,
aunque me pagues muy bien,
pues seguro de desden
gozas mi amor ciego y loco.
Si no tuvieras esposa,
como tienes, celebrada,
en la belleza estimada
como el carmin en la rosa,
muy poco hiciera en quererte;
mas yo sola y por casar,
que amor me puede igualar,
pues el que quise ofrecerte
por mi estrella ó por la tuya,
que una debieron de ser,
qué fin promete tener,
que el honor me restituya,
y mas teniendo un hermano
tan prudente y valeroso,
que tiene de victorioso
á la fortuna en la mano?
Duq. Tan dueño de su venganza
como Estrella? tú eres dueño
de mi vida, en este empeño
tengo puesta mi esperanza:
yo vivo, y yo me aliento
con espíritu animado,
que no vive dedicado
á la eleccion de tu asiento.
Los zelos del Rey me hicieron
casar furiosos y extraños,
mas luego mis desengaños
una y mil muertes me dieron;
mas siempre ha de estar unida
tan impresa el alma en tí,
que solo se alienta en mí
lo que importare á tu vida;
pero si el Rey (triste dia!)
te llegare á merecer,
sacrificando al poder
su amorosa valentía,
qué lugar tendré seguro
donde loco muera ausente?
Estel. Poco discurres prudente,
mal tu firmeza procuro:
no he tomado yo venganza,
como tú, de un casamiento,
que fabricaste violento,
con que murió mi esperanza;
y ahora enojo y desvelos
tuyos he de conquistar,
que los procuro excusar,
saben, Jacinto, los Cielos:
escóndete entre esos ramos,
que siento gente. *Duq.* Sea así.
Estel. Y no te apartes de aquí.
Escóndese el Duque, y sale Leoncio.
Leonc. En qué obligacion estamos
los que sirviendo á un señor
hemos de medir su gusto,
que sea justo ó que sea injusto,
como á Deidad superior,
sin podernos excusar!

Estela, el Duque me envia,
perdone Vueseñoría,
por no tener él lugar,
á que os diga que lleguéis
al cenador de la gruta,
á donde de hermosa fruta
de sus márgenes cogeis,
porque está con otras Damas
juntamente entretenido.

Estel. Tendrále amor divertido
en sus amorosas llamas,
que es el Duque muy galan;
no dices Jacinto? *Leonc.* Si.

Estel. Pues que él no viene por mí
cuidadoso le tendrán,
pues no suele el Duque ser
descortés, que es entendido,
ni aquí tampoco lo ha sido;
que como su gran poder
de calidad le engrandece,
y la mia es inferior,
se ha olvidado del favor
que qualquier muger merece.

Leonc. Ya se lo advertí, que soy,
aunque humilde, cortesano.

Estel. Pues servisle vos?

Leonc. En vano
la satisfaccion os doy,
pues sabeis que de Palacio
soy, sin serlo, Gentil hombre.

Estel. No es Leoncio vuestro nombre?

Leonc. Si señora; mas de espacio
os diré mi calidad:
sea la respuesta breve,
para que al Duque la lleve.

Estel. Dónde está su Magestad?

Leonc. El Rey dices? retirado
en su camarin. *Estel.* No sea
que se enoje, y que nos vea,
que suele darle cuidado
y enfado, quando allí hay gente
de su Palacio. *Leon.* Es verdad,
mas no de la autoridad
y calidad evidente
del Duque y vuestra.

Estel. Aora bien,
decidle que al punto voy,
y que agradecida estoy,
y prevenida tambien
para servirle. *Leonc.* Los Cielos
aumenten su gallardía. *Vase.*

Sale el Duque.

Duq. Qué me falta, Estela mia,
para confirmar mis zelos?
Ves como el Rey se desvela
de nuevo para aumentar
mi desdicha, y confirmar
lo que ofendida recela?
El Rey te llama, ¿es cierto,
que quererme á mí ocupar,
y enviarte á tí á llamar,
ó fué de los dos concierto,
ó con amenazas quiere
á mercedes, que estas son
linces de la execucion,
hacer, pues amando muere,
que se rinda tu belleza
á su supremo poder.
Ay Estela! eres muger,
y su soberana Alteza
poderosa! plegue á Dios,
que la resistencia, amiga,
si ya tu desden se obliga,
no la lloremos los dos.
Y has de ir á hablarle?

Estel. Me ofrece
tu necia desconfianza
una zelosa venganza,
que de inconstante merece.
Muger que á un hombre ha querido
otro amor ha de tener?
Mal sabes agradecer,
mal mi amor has conocido.
Un yerro tiene perdon
con mucha dificultad,
mas dos, en qué calidad
estriba su estimacion?
No, Jacinto, una vez quiere
la que es constante muger,
y qual Fenix ha de ser,
que en un fuego nace y muere.
Déxame tú con el Rey,
que aunque hacen leyes los Reyes,
no hallará en todas sus leyes
que el quererle bien sea ley:
no enojarle, si, procuro

por

por algunas pretensiones
de mi hermano. *Duq.* A tus razones
el desengaño aseguro;
vélá á ver, porque me digas
lo que te pasa con él,
que aunque es mi pena cruel,
parece que la mitigas
con dulces satisfacciones.
Estel. Queda á Dios. *Duq.* Estela mia,
hablale con cortesía,
pero con pocas razones,
que me darás mil enojos.
Estel. Quédate, dexa desvelos.
Duq. Cómo quedaré con zelos,
y sin la luz de tus ojos?
Vanse uno por una parte, y otro por otra, y salen el Rey y Leoncio.
Rey. Dudosa estuvo en venir;
si lo sospechó? *Leonc.* No sé:
dudosa la imaginé,
mas vínose á persuadir,
diciendo que ya venia,
y que le daba cuidado
el descortés desenfado
del Duque. *Rey.* Descortesía
le pareció? dixo bien,
pero el amor las perdona:
por vida de mi Corona,
Leoncio, que su desden
me trae tan desvanecido,
que pienso que se la diera,
si su calidad pudiera
disimular; que aunque ha sido
estimada por el Conde
su padre, son de un solar
humilde que quise honrar,
por lo que me corresponde
su hermano, que es gran Soldado,
y le tengo obligacion.
Leonc. Tiene notable opinion;
pero, señor, desvelado
te cansas en presumir
que Estela te ha de querer;
verdades han de valer:
no es justo que con mentir
quien lo sabe te desvele;
con el Duque divertida,
Estela de tí se olvida.
Rey. Pues no es razon que recele
perder su opinion, y advierta
que el Duque es casado.
Leonc. Quién,
gran señor, queriendo bien
Estrellas que amor concierta,
puede acertar? yo leal
en tu servicio he de ser;
quererte desvanecer
lisonjero y desigual,
en tu servicio no es justo.
Rey. Vive Dios, que me ha enfadado:
el Duque le da cuidado?
el Duque tiene buen gusto,
pero ella mala eleccion;
sospechaba esa certeza,
mas no con tanta fineza
y tan necia execucion:
su hermano no lo sospecha,
que es cuidadoso Rugero
de su honor.
Leonc. Siempre el postrero,
quando hay fortuna deshecha,
viene á saberlo el marido
ó el hermano; su amistad
es con notable igualdad,
que el uno al otro medido,
el gusto se solicitan,
comen juntos y pasean,
y en la amistad que desean,
Castor y Polux imitan.
Rey. Rugero no me contenta;
hermana gallarda al lado,
y él tan torpe y descuidado?
no está muy lejos su afrenta.
Para alentar gallardías,
al Duque se inclina Estela,
y mi enfado la desvela
con necias melancolías:
notable resolucion!
yo, Leoncio, os premiaré.
Leonc. El Cielo te guardé y dé
mil triunfos á tu opinion.
Estela viene. *Rey.* Allá dentro
os retirad: qué gallarda?
el ánimo me acobarda,
como la piedra á su centro
de la cumbre disparada:

al Duque viene buscando.

Vase Leoncio, y sale Estela.

Estel. El Rey me está ya esperando.
Rey. Estela, mucho os agrada,
pues que siempre en él os veo,
el sitio ameno y florido
de este Jardin. *Estel.* He nacido
inclinada á ese deseo.
Rey. Y es muy justo, que las flores
parecen con su igual bien;
pero haceis de ellas desden,
robándoles las colores,
que sabeis bien desdeñar.
Estel. No sé á quien.
Rey. No? pues yo sí.
Estel. Jesus! y á quién es? *Rey.* A mí,
no dando á mi amor lugar.
Estel. Yo, gran señor, quando hubiera
méritos en mí, era bien
decir que muestro desden,
pues necia en mostrarle fuera;
pero mi humildad, señor,
no se inclina á la deydad
de tan alta Magestad.
Rey. Milagros hace el amor.
Estel. Al fin, á qué me ha mandado
vuestra Magestad venir?
que en acertarle á servir
con gusto me he desvelado.
Rey. Yo lo mandé? no sé á quien.
Estel. Quál hombre, que un Rey no fuera,
me mandara que viniera?
Rey. Estela, miradlo bien.
Estel. Digo que Leoncio fué,
y dixo, su Magestad
os llama. *Rey.* Qué necedad!
Estel. Y aunque el recado extrañé,
vine contenta á serviros,
como tengo obligacion.
Rey. De Leoncio fué invencion.
Estel. Si no basto á persuadiros,
Leoncio venga, y dirá
si digo verdad, señor.
Rey. Si le llamo será error; *ap.*
porque si dudoso está,
se ha de ver mi engaño; quiero
suspenderlo: Pero habia
contra la voluntad mia
de ser Leoncio grosero?
llamaréle para ver
de esta duda el desengaño.
Ha Leoncio? *Sale Leoncio.*
Estel. Lindo engaño! *ap.*
Leonc. Qué mandais, señor?
Rey. Saber
quien ha mandado llamar
á Estela. *Leonc.* Bravo rigor!
tú lo mandaste, señor.
Rey. Yo? *Leonc.* Podréme engañar;
mas pienso que me dixiste
lo que he dicho.
Estel. Que es verdad
verá aquí tu Magestad.
Rey. Basta, comedido fuiste:
pues, Estela, ni os llamé,
ni yo os tengo que decir.
Estel. En todo te he de servir;
beso tus pies. *Vase.*
Rey. Esta fué
la lealtad que profesaste,
villano? de aquesta suerte
tu descuido te divierte?
por qué, loco, me engañaste?
Qué confianza hay segura
de tu infame proceder?
ó qué castigo ha de haber
que satisfaga locura
tan desleal? *Leonc.* Yo, señor,
solo que escuches te pido;
y si descompuesto he sido,
en tu mano está el rigor
con que castigo me dés.
En nombre del Duque fuí,
y dixe, viéndote aquí,
cúlpole de descortés;
y sospechó que tú eras
quien la enviaba á llamar,
y así comenzó á dudar
con palabras lisonjeras;
pues como te ha visto aquí,
y que al Duque no encontró,
de este engaño se valió,
y dióme la culpa á mí.
Y para no divertir
el que con ella intentaste,
fué fuerza, aunque te enojaste,

que

que yo hubiese de mentir:
pues es mas segura ley
en caso mas prevenido,
que digan que yo he mentido,
que no que ha mentido un Rey.
Rey. Notable discurso fué,
aunque quedas disculpado;
pero de Estela enfadado
me he corrido: yo daré
tal desayre á sus desvelos,
que aunque de quien soy desdiga,
el rigor á que me obliga
se convierta en rabia y zelos,
y se los daré á sentir
de tal modo, que se espante.
Sale Dionisia.
Llega acá. *Dion.* Sí llegaré.
Rey. Dí, mis ojos, cómo fué
lo del Duque?
Dion. Si lo duda,
advierta: Estando una tarde
junto á esa fuente risueña,
que despedaza entre cantos
plata, aljofar, cristal, perlas,
al tiempo que el Sol cobarde
recoge sus rubias trenzas,
que alcanzaron generosas
cumbres, montes, prados, peñas:
salió el generoso Duque
al mismo lado de Estela,
que parecia que estaban
Cielo, Sol, Luna y Estrellas.
Iban los dos de las manos,
y algunas ramas traviesas
les tiraban como á novios
jazmin, rosa, azahar, violetas.
Y aunque iban juntos, á veces
se saludaban de cerca,
qual tórtola que en los sauces
canta, arrulla, salta y vuela.
Al círculo de ese estanque
alegres dieron la vuelta,
sin ver que tienen las aguas
ojos, alma, risa y lengua.
Al fin, por lo mas espeso,
que en caracoles se enredan
con los cipreses noćturnos,
jazmin, parras, murtas, hiedras,
á pesar de los briales
que entre las zarzas se enredan,
defendiendo con sus puntas
sitio, entrada, prado y yerba,
hicieron tálamo un olmo,
que qual pavellon los cerca,
donde alegre el viento manso
corre, pasa, alienta y suena.
Al entrar en la espesura
volvió el Duque la cabeza,
y díceme: dónde vais,
Angel, con alas de necia?
Estos doblones os hagan
sorda, ciega, muda y cuerda;
sí serán: pero en un punto
á mi casa dí la vuelta,
que el oro en qualquier lugar
manda, luce, puede, alegra.
Compré con ellos al punto
diges para mis muñecas,
vestido para la Pasqua,
garbin, saya, cuerpos, telas.
Ellos alegres quedaron,
y yo me fuí muy contenta:
aquí gracia, y despues gloria
goce, alcance, estime y tenga. *Vase.*
Rey. Que esto consientan los Cielos!
que esto Rugero consienta!
pues no es necio, no es cobarde,
á quanto los hombres llegan
á disimular agravios,
que agravios son las sospechas.
Leonc. El Duque y Rugero aguardan
para hablarte. *Rey.* Bueno fuera
venir sin Rugero el Duque;
á muy buena ocasion llegan,
serán muy bien recibidos:
qué aguardan? cómo no entran?
Salen Rugero con baston de General, el Duque, Madama Eugenia Duquesa, Estela y Luciana.
Rug. A tus pies, Rey invićto, *Arrodíllase.*
cuyo valor y nombre hará infinito
de Porcia la fama,
que en voz sonora su grandeza aclama,
Rugero humilde llega,
rico en servirte, aunque la envidia ciega
en sus males proclame

el nombre insigne que mi voz derrame.
Rey. Alzaos, Rugero, creo
que igualarán las obras al deseo:
muy bien habeis servido,
si no llegara el premio de atrevido;
valor os acompaña,
no será culpa mia.
Eug. Cosa extraña!
no responde á Rugero
el Rey con igualdad, ántes severo
le mira y enojado.
Estel. Mas que quiere vengarse del enfado
de su amor en mi hermano,
ayrado el Rey, y á su lealtad tirano?
Rug. Con enojo excesivo,
señora, miro al Rey, que nunca esquivo
con Rugero se muestra.
Duq. Con eleccion segura y mano diestra
Rugero te ha servido;
y así para el rebelde y atrevido
Saboyano, mandaste
que llevase el gobierno.
Rey. Duque, baste;
teniendo tal padrino,
quién podrá hacerle deste premio indino?
Rug. Señor, si tus banderas,
al mundo asombro, al ayre lisonjeras,
en asaltos y encuentros
tremolaron con vuelos tan violentos,
de mi brazo animadas,
qué emularon al Sol precipitadas,
perdon al Duque pido;
qué padrino mejor? Yo no he rompido
los muros de Genebra,
quando á sus tiros la obediencia quiebra?
de Taranto en la orilla,
no fuí del Sol envidia y maravilla?
del Gange en la ribera,
quando diste socorro el de Babiera,
no saben que con truenos,
terribles ecos de arrogancia llenos,
hice eterno tu nombre,
y que el Ungaro oyéndole se asombre
con victoria tan alta?
Rey. Otra empresa mayor, Rugero, os falta.
Eug. No me agrada el concepto *ap.*
con que responde el Rey, aunque discreto
á todo satisface;
no sé á qué efecto este disgusto nace:
temo algun mal suceso!
Rey. Dexadme solo un rato.
Duq. Tus pies beso.
Rey. Quédese aquí Rugero,
que hablarle á solas y premiarle quiero.
Estel. Temo su atrevimiento.
Duq. El Rey le ha de premiar con grãde aumento.
Vanse, y quedan el Rey y Rugero solos.
Rey. Mirad si queda á la puerta
quien nos escuche. *Rug.* Ninguno,
ya se han retirado todos:
turbado estoy y confuso! *ap.*
Rey. Yo, Rugero, he deseado
con incomparable estudio,
de vuestro nombre el aumento,
de vuestra nobleza el triunfo:
mucho mereceis, Rugero,
y así, en estimaros mucho
pienso que no os satisfago,
ántes pienso que os injurio;
mas tiene el mundo en las leyes,
que aunque de injustas las culpo,
pasan por razon de estado
en la introduccion del vulgo.
No es desdicha que un casado,
de su nobleza seguro,
porque su muger ingrata
tenga transformado el gusto
en otro de ménos partes,
oponiéndose al influxo
de tantas temeridades,
nombre le den en el mundo
de desdichado al marido,
dándole infame atributo,
y pase plaza de serlo
quien causa ni culpa tuvo?
Rug. Señor, como enlaza el Cielo
en aquel estrecho yugo
del conyugal matrimonio
tan unido y ciego nudo,
que de dos sugetos hacen
que se reduzcan en uno,
es la igualdad tan estrecha
á que el Cielo lo dispuso,
que á un mismo tiempo padecen
la inclemencia y los disgustos,
qual planta en la tempestad,

que padecen hoja y fruto.
Si yo casado estuviera,
señor, con ese discurso
ya en mi rostro se mudaran
sangre y color todo junto,
que aunque humilde, soy muy noble.
Rey. No, Rugero, no atribuyo
tal nombre á vuestra nobleza,
que en otro daño discurro.
Rug. Es verdad, que tengo hermana,
de quien alegre presumo,
que esté segura de ofensas
al lado de un Rey tan justo,
y obligaciones de hermana
no es tan fuerte y tan profundo
el daño y obligacion,
si en su virtud y el trasunto
no fuera tan eficaz;
pues el encendido y rubio
candor del Sol no es tan llano,
mas limpio ni mas seguro.
Rey. Sois cuerdo, decís muy bien;
pero si ese Sol injusto
eclipsara á vuestro lado
esa claridad, pregunto,
no hiciera falta, pues soy
de su misma especie influxo,
y luz de su claridad,
que muere y nace en un punto?
Rug. Por fuerza. *Rey.* Pues advertid,
con qué razon os concluyo:
mas que de esposo teneis
la obligacion, pues sois junto
padre, amparo, hermano, esposo,
y de estos tres no hay ninguno
á quien no alcance la ofensa;
y así en mi opinion me ajusto,
que en vos fuera mas desdicha,
por ser de mas atributos.
Rug. Señor, si toda la alteza
de los Césares Augustos,
que desvelaron la fama
con tan celebrado asunto,
todo el poder de Numancia,
y de Cartago el concurso,
y el rigor que sustentaron
los Babilónicos muros,
el Griego caballo en Troya,
que fué bómito y diluvio,
desbuchando fuego alhado
en los Troyanos seguros,
se juntara en un sugeto,
y todo este poder junto
un brazo le gobernara
impetuoso y robusto,
oponiéndose á mi honor,
fuera una sombra, un dibujo
de los átomos del Sol,
que el ayre cierne en sus rumbos,
que mis valientes aceros
en su vengativo impulso
fuera de mi pecho un etna,
disparado del profundo.
Rey. Ya sé que sois muy valiente;
pero, Rugero, concluyo,
que aunque haya valor sobrado,
y de arrogancias discurso,
sin Honra no hay Valentia. *Vase.*
Rug. Válgame el Cielo, esto escucho!
dónde estoy? soy yo Rugero?
en algun sueño profundo
está sepultada el alma,
entre pielagos noćturnos.
Hombre soy, desdichas pueden
caber en mí, no lo dudo,
pues no han respetado Cetros,
ni Laureles los incultos
asaltos de la fortuna;
cómo dixo, que ninguno
sin honra seria valiente?
y luego, severo y mudo
en la espalda me escribió,
con letras de bronce duro,
de su semblante el enojo,
y de mi ofensa el disgusto?
Si mis servicios se premian,
mas digo mal, no le culpo,
que honor que estriba en muger,
gran dicha si está seguro.
Supongamos, que mi hermana
con atrevimiento puso
en algun hombre los ojos
con liviandad, no lo dudo,
y que el Rey pretende honrarla;
no fuera mejor, que oculto
remedio buscara al daño,

con secreto disimulo?
El Rey es mozo, y los zelos
son rigurosos y adustos,
y quando asaltan furiosos,
no han perdonado á ninguno.
Si fuese Jacinto el Duque,
que en amistad constituyo,
quien al Rey le diese zelos,
y á mis ofensas anuncios?
pero si el Duque es casado,
injustamente le culpo:
mas ay! que Amor es tirano,
y nació alado y desnudo
de lealtades y firmezas;
y como en el mar Neptuno
revuelve fieras tormentas
en sus pielagos cerúleos;
así Amor en su elemento
rayos dispara absolutos,
que aunque fulminen agravios,
jamas les refrena el curso.
El Duque con amistades
y cuidadosos descuidos,
en mi agravio se desvela,
él me ofende, qué lo dudo?
Ea, valor, alto al remedio,
que si es tan limpio y tan puro
triunfo el sustentar honor,
que no le iguala ninguno;
y si es á todos notorio,
que en asaltos, guerras, triunfos,
sin Honra no hay Valentia,
loco os pierdo, y ciego os busco.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Estela y Luciana.

Luc. Aunque retirada estás,
y en tu retrete escondida,
de Madama persuadida
mi señora, á quien la dás
tan cuidadosa advertencia
de acreditada amistad,
disculpa la libertad,
de que sin pedir licencia
me atreviese á entrar, que amigas
tienen seguro el perdon.

Estel. Tienes, Luciana, razon,
con el desenfado obligas,
Madama Eugenia, en efecto,
qué me manda?

Luc. Este papel *Dale un papel.*
lo dirá, pues cifra en él
en tu favor su concepto,
segun me ha dicho, que á mí
en secreto me le dió,
y en secreto le escribió.

Estel. Desvíate; dice así:

Lee. En los señores no hay zelos,
que lleguen á execucion,
pues viven con atencion,
imitan siempre á los Cielos;
mas por lo que al Duque quiero,
á quien mi amor constituyo,
sentiré, que el gusto tuyo
no goce del fin que espero.
Con oposicion le amais,
segun estoy advertida,
si en él cifrais vuestra vida,
mirad como la estimais,
que en peligro estais los dos,
si el poder de un Rey dispensa
mas la vuestra, que mi ofensa,
me desvela: guárdeos Dios.

Estel. Tocados? cosa de risa!
para enviarle tocados,
en poca invencion cifrados,
tal cuidado y tanta prisa?
Luciana, yo los daré,
ven á la tarde por ellos.

Luc. Yo voy, pues se cifra en ellos
la luz que en ellos se vé. *Vase.*

Estel. Blandiendo el acero enviste
de mi desdicha el concepto,
para violar el secreto,
que nunca le goza un triste.
Qué bien del Rey los secretos
obran! de cometa han sido,
que en habiéndose escondido,
van obrando sus efetos.
Ay de mí! Rugero viene,
sola estoy, él enojado,
que el corazon desvelado
grandes daños me previene.

Sale Rugero, y cierra la puerta.

Para qué cierras la puerta?
no me respondes, hermano?
Rug. Ha falsa! si algun villano
no la hubiera hallado abierta,
si algun ciego presumir,
si algun desvelo imprudente,
si algun rigor evidente,
tan dudoso de impedir,
de par en par tantas veces
no la viera y no la hallara,
nunca el Rey me castigara
por lo que tú desmereces:
Quando triunfante y altivo,
del Sol asustando rayos,
con victoriosos ensayos,
gallardo en su esfera vivo:
quando opuesto á las Estrellas,
dos plumas á mi inconstante
fortuna, porque arrogante
vuele, hasta burlarse de ellas:
quando del premio infinito
de conquistar y servir,
el sello voy á imprimir,
me verás lo que está escrito.
Ya sé, que el Duque ha cifrado
en tí su gusto y mi muerte,
mas hoy de la tuya advierte
el fin ménos dilatado.
Tú has de morir, vive el Cielo,
para que viva mi honor.
Estel. Oyeme, hermano y señor,
que pues has rompido el velo
á esa sospecha enemiga,
lugar te pido no mas,
aunque tan ayrado estás,
que mi disculpa te diga.
Rug. Luego es verdad?
Estel. Yo, señor,
no que no me mates pido,
sino que me escuches. *Rug.* Mido
con la ocasion el rigor.
Estel. Fuiste á la guerra, Rugero,
de quince años me dexaste,
murallas rompiste, y yo
no pude dificultades.
Quedé en Palacio, y el Rey,
que el Cielo mil años guarde,
siempre me honró con mercedes;
él zeloso y yo ignorante.
Yo y Jacinto (triste suerte!)
desde las tiernas edades,
que es quando las piedras mismas
si juntas y á un tiempo nacen,
tal amistad constituyen,
que á veces suelen quebrarse
quando dividirlas quieren:
(claro exemplo, ya le sabes)
nos criamos plantas tiernas
en una casa, en un parque,
en un Palacio, en un cerro
de mi fortuna inconstante,
sin saber quien era Amor,
que á veces suele emboscarse
para escalar los sentidos
por los pechos ignorantes.
Si me regalaba el Duque,
me obligaba á regalarle;
y si me miraba alegre,
á que alegre le mirase.
Fueron creciendo en espacios
firmezas tan vigilantes,
como anillos de dos piedras,
que sujetas á un engaste,
sin que distinto el color,
hacen los visos iguales.
Salió el Rey á caza un dia,
no á privilegios de Sacres,
que ligeras Garzas vuelan
en las Provincias del ayre,
sino á cazar fieros brutos
del colmillado linage,
para que imitando á Adonis,
Venus su amor nos retrate.
Qué de Irlandeses lebreles!
qué de caballos volantes
desvanecidos del Sol
por emulacion del ayre!
Quién vió llevar las mugeres
al regalo de la imagen
de una guerra tan reñida,
que ha de convertir en sangre?
Yo y otras Damas salimos
sobre el remendado jaspe,
que en pias nos dá piadoso
el siempre curioso Flandes.
Llegamos á un fertil bosque
una

una deleytosa tarde,
quando el Sol hacia por vernos
de sus vidrieras celages.
Un Lebrel bien entendido,
para que el Rey se alegrase,
de una mata sacó un bruto
vivo con dientes voraces.
Enriza el cerdoso pelo,
y con imperioso talle
desafia á sangre y fuego
á todos los circunstantes.
Salta, bufa, espera, mira,
amenaza, rompe, parte,
anhela, brinca, acomete,
desbarata, enviste, sale
de ver venablos y perros
tan libre y tan arrogante,
que cazador parecia
de quien pensaba cazarle.
Temor daba á los Monteros,
mas yo al mirarlos cobardes,
por la ocasion de huir,
perdí la de desmayarme.
Trocaron el alegria
cada galan por su parte,
con abreviar con su muerte
para que no los matasen.
El dia era ya pequeño,
y la espesura era grande,
y el mas alentado busca
camino para librarse.
Pierdese el Rey, los Monteros
por el monte se reparten,
unos de otros se dividen,
nadie favorece á nadie:
gritan, corren, acometen,
tiran, disparan, combaten,
revuelven, envisten, cruzan,
llaman, buscan, temen, parten:
quando en un verde repecho,
que fuí sola á retirarme,
el cerdoso herido miro
que á darme le muerte sale;
pero al compas que acomete,
cuidadoso el Duque parte,
haciendo su pecho escudo
para morir ó librarme;
pues con ánimo valiente,
y al fin, con valor de amante,
la que á mí me dió le quita
con los filos de su alfange.
Dile los brazos mil veces,
premio y disculpa agradable
de valor y amor, que á un tiempo
los hizo su suerte iguales.
Ocasion fué, quién lo duda,
para que Amor empezase
á dar credito á firmezas,
y á reducir voluntades.
Siempre que llegaba á verle,
el alma queria entregarle,
que deudora de la vida,
obligacion fué bastante.
Cortés, como esposo, un dia
me dixo: Estela, adorarte
sin que nos enlace Amor
con nudo estrecho, es linage
de descortés profesion,
pues ya no serán bastantes
la execucion del peligro,
del desdén las voluntades,
á que dexe de ser tuyo,
ni suspenda el adorarte:
Duque soy de Cápua, estorbos
que de prevenciones nacen,
de parientes ni de amigos,
poco á mi firmeza valen.
Temí, dudé, consulté,
triste, medrosa, cobarde,
desvelos, peligro, enojos,
daños, odios, suertes, lances.
Reducime al fin, que Amor,
porque en sus redes me enlace,
tuvo de mis tres potencias
bien prevenidas las llaves.
Por quitar inconvenientes,
trató que se consumase
en secreto el matrimonio,
mas violento que agradable.
Consúltame ya su esposa,
y si vá á decir verdades,
que era engañado pensé,
quando él pensaba engañarme.
El Rey que se divertia,
de nuestro amor ignorante,
por reducirme á su gusto,

ti-

tiraba secretos lances.
Hizo un gallardo torneo,
para que en él se cifrasen
las colores de su gusto
en plumas y en vanidades.
Galas, vandas, premios, jueces,
targetas, cifras, follages,
lanzas, escudos, arneses
ponen, publican, reparten,
todo para darme gusto,
y todo para matarme,
que Amor cifra las desdichas
en la risa con que nace.
Viendo del Rey el desvelo,
empezó el Duque á enojarse:
(qué presto que tiene zelos
quien desvanecido sabe
con seguridad costosa,
que no pueden olvidarse
privilegios del amor
contra una muger constante!)
Tomó postas, fuése á Mantua
sin despedirse ni hablarme,
donde con Madama Eugenia
determinó desposarse.
El Duque de Mantua al fin
aficionado á sus partes,
le dió á su hermana, y á mí
desdicha, muerte y pesares.
Volvió á Nápoles casado,
y con aplauso agradable
entró aumentando á mi suerte
montes de dificultades.
Lágrimas, suspiros, quexas,
rencores, iras, crueldades,
engaños, rabias, enojos,
incendios, furias, combates,
fueron de mi pecho dueños,
fueron de mi vida ultrages
mal grado á pasiones locas,
y necias desigualdades.
Supo el Duque arrepentido
del Rey los fieros combates,
y de mi justa firmeza
la calidad inviolable:
empezó á satisfacerme,
y arrepentido á obligarme,
aunque á la furia de zelos
llegó el desengaño tarde.
Dificultosos remedios
empezó á facilitarme,
tan constante arrepentido,
como perdido de amante.
Yo, como engendro en mi pecho,
desde que empezó á engendrarse
amor, que ya canas peyna,
tan unidas voluntades,
aunque esfuerzo el pensamiento,
no puedo de él apartarle,
que una vez tiene el honor
licencia de enamorarse.
El Rey que de estos principios
siempre ha vivido ignorante,
por nuevo tiene mi amor,
quando á mí por inconstante:
Desvelos, cuidado, envidia,
engaños, pruebas, ultrages
intenta buscar, revuelve
loco, ciego, ayrado, amante;
pues como yo con desdenes,
aunque con cortés lenguage,
le divierto el pensamiento,
arde en zelos, fuego esparce.
Si de esto algunas cautelas,
noble Rugero, son parte
de mi desdicha y tu enojo,
tú eres mi hermano y mi padre.
Si con darme aquí la muerte
tu presuncion satisfaces,
fácil tienes el remedio,
aunque es peligroso lance,
que para matarme á mí
qualquiera fuerza es bastante.
Si con eso tus proezas
se aumentan y satisfacen
á mas altas gerarquías,
tu nombre ha de levantarse,
que la cordura valiente
de ingeniosos pechos nace.
Si á mí me matas, tambien
es fuerza que al Duque mates,
ó que tu honor quede en duda
con enemigos tan grandes.
El cuerdo todo lo vence,
el rigor todo es combates,
el engaño todo es furia,

el peligro todo es sangre,
el pretender todo es iras,
sino conociste ultrage:
el presumir ofenderse,
el no temer engañarse,
el acreditarse cuerdo,
y el reducirse agradable.
Aquí estoy, mata, destruye,
inventa, executa, parte,
rompe, despedaza, oprime,
rinde, divide, deshace
pecho, entrañas, vida, aliento,
porque con riesgo tan grande
tú satisfagas tu honor,
y yo con mi vida acabe.

Rug. Ha peligrosas sospechas,
qué de desdichas mortales
reverenciamos temores,
para alimentar pesares!
O amistad mal conseguida!
ó Duque ingrato y cobarde,
amigo de mi desdicha,
solícito en mis pesares!
Mataréle, vive Dios,
que aunque es su poder tan grande,
aun no es igual con mi afrenta.

Estel. A la puerta llaman.

Rug. Abre, *Llaman dentro.*
y no salgas, sino espera
detras de esos tafetanes.

Estel. Mi muerte esperando estoy,
el Cielo su enojo ataje.
Al Rey voy á prevenir
la ocasion de tantos males,
pues de tan fiera tormenta
ya me amenaza el combate. *Vase.*

Rug. Quién llama? *Sale el Duque.*

Duq. Quien de su aliento
no tiene seguridad,
si de tan grande amistad
no se librase el contento.
Las mercedes, los aumentos
con que os honra el Rey, me dan
tanta alegria, que estan
con vuestros merecimientos,
y con mi deseo iguales;
mal digo, mas mereceis,
pues tantos triunfos teneis
de memorias inmortales.
Dadme esos brazos, que creo,
si con mi pecho no os mido,
que aun no tengo conseguido
de vuestro gusto el deseo.
Pues cómo es esto? los brazos
me negais, quando mi vida
está con la vuestra unida,
y rendida á estrechos lazos?

Rug. Con recato he de poner *ap.*
mi furia en execucion,
que á una engañosa traicion
otra se ha de anteponer.

Duq. No merezco que me hableis?

Rug. Duque, si de ese cuidado
me reconozco obligado::-

Duq. Qué os suspende? qué teneis?
que vive Dios, que si ha habido
quien del Rey abaxo os dé
algun enojo en que esté
en un átomo ofendido
vuestro honor, que con mi espada,
brazo, estado, vida, hacienda,
haga tan costosa enmienda,
que asombre mi furia ayrada,
si la ocasion prevenís.

Rug. Eso cumplireis?

Duq. Tan cierto,
que al punto le vereis muerto.

Rug. Mirad bien lo que decís.

Duq. Con pleyto homenage juro
de matarle, ú de hacer
rendirle á vuestro poder,
si mil vidas aventuro.

Rug. Duque, por gozar memorias,
leal sirviendo á mi Rey,
fuí á la guerra, fuí á servirle,
mal su agrado conquisté.
Las heridas, las victorias
no las quiero encarecer,
por justas obligaciones
que tiene el vasallo fiel.
Tengo una hermana, en quien puso
la belleza que sabeis,
para mi desdicha, el Cielo,
impertinente altivez.
Dexéla al Rey encargada,
bien se dexará entender

que de su honor cuidadoso
en Palacio la dexé:
que muger moza sin padres,
y que en soledad se vé,
conquistada su hermosura,
no es fácil de defender.
Si el Rey pagó mis servicios
en estimarla, no sé;
mas pues no los agradece,
culpa debe de tener.
A esta hermana, á esta enemiga,
un enemigo infiel
la dió palabra de esposo,
creyóle, al fin, es muger.
Despues de solicitada,
Absalon ingrato fué,
que si ella imitara á Dido,
fuera exemplo mas cortés.
Casóse con otra Dama,
castigo ingrato y cruel;
justo, por su liviandad,
ingrato por ser quien es.
Dice el Rey, no sepan zelos,
que no es bien crédito dé
á que las leyes quebrante
quien es dueño de la ley.
Dice severo y ayrado,
y sin duda dice bien,
que no hay Valentia sin Honra,
y este yo debo de ser.
De mis servicios se olvida,
y de agravios que no sé,
me hace costoso dueño,
y su sol, que amanecer
tan alegre le miraba,
siempre se me vá á poner.
Esta, Duque generoso,
es mi tristeza; este es,
para fin de mis servicios,
de mi fortuna el bayben.
Si quitar la vida es justo
á quien causa de esto fué,
vuestro consejo me valga,
pues que favor me ofreceis.

Duq. Sabeis quien os ha ofendido?

Rug. Pues si supiera quien es,
mil muertes le hubiera dado.

Duq. El las merece muy bien.
Pues yo, Rugero, yo, amigo,
como palabra me deis
de suspender la venganza,
quien os ofendió os diré;
y de nuevo doy palabra,
que vuestra opinion esté
en mi mano tan segura,
que con asombro cruel
os restituya en venganzas
lo que en opinion perdeis,
si hasta haberlo executado
me dais palabra de ser
cuerdo, y de guardar secreto.

Rug. Digo que decís muy bien;
y os la doy: Pero qué modo,
si es casado, puede haber
si no le mato?

Duq. El me ha dicho,
que es principal y es cortés,
que le casaron por fuerza,
y que no ha podido ser
legítimo el matrimonio,
y que puede anteponer
el tener dada palabra
á otra principal muger
primero, y que consumado
el matrimonio, si es
cierto que está consumado,
el que se hizo despues,
ni es legítimo ni es justo.

Rug. Mal trato, mal proceder:
pleyto será muy reñido.

Duq. Rugero, yo sé muy bien,
que aunque dé muerte á su esposa,
haya de satisfacer.

Rug. Podrá saberlo mi hermana?

Duq. Por qué no? pues ella es
la principal de este asunto.

Rug. Pues si lo puede saber,
alzando ese tafetan,
que nos escucha vereis.

Duq. Salid, Estela divina.

Sale el Rey por donde entró Estela.

Qué es esto, señor? por qué
en tan estrecho lugar
cifrais vuestro gran poder?
Vuestros criados humildes
somos los dos; á esos pies,

reverenciando el lugar,
nuestra voluntad teneis.
Rug. El Rey lo ha escuchado todo,
notable desdicha fué! *ap.*
quando fortuna es mudable,
quién la podrá suspender?
Duq. Señor, si vuestra deidad,
aliento del alma, en quien
están cifradas las vidas
pendientes del parecer,
y gusto de la grandeza,
que para honrarla teneis,
se eclipsan con vuestro enojo
y se obscurecen, no es bien
que la noche del disgusto
padezca, señor, quien es
todo centro de esas plantas,
y todo humildad cortés.
Rey. Duque, Rugero, á su tiempo
el Rey sabrá responder.
Duq. Mis lealtades me disculpan.
Rug. Y mis servicios tambien.
Duq Rugero, lo dicho dicho.
Rey. Vive Dios, que he de poner
remedio á su desaliño,
ó su cabeza á mis pies. *Vanse.*
Salen Madama Eugenia y Luciana.
Luc. Señora, verdad muy clara
es la que te estoy diciendo;
y pues con ella te ofendo,
en que es costosa repara.
El resquicio de un cancel
me ha dado, para escuchar
lo que te advierto, lugar;
quiérote bien, soy fiel.
Tu vida está de un cabello
pendiente, Rugero ayrado,
y el Rey de amor desvelado;
algun Angel de sabello
me infundió la inspiracion:
á tu esposo han de matar,
el uno por excusar
su afrentosa inclinacion;
y el otro, Rey poderoso,
por satisfacer su enfado,
es Rey al fin, y está ayrado;
pues qué hará ayrado y zeloso?
Que ~~á su hermana~~ dió palabra
primero
de que ha de ser su muger,
y que ésta firme ha de ser
ayrado dice Rugero.
El Duque está, no hay dudar,
enamorado y perdido;
á tanto mal prevenido,
qué remedio se ha de hallar
que sea bastante?
Eug. Ay Luciana!
bien me lo ha dicho el desden
que muestra el Duque, y tambien
del Rey la furia inhumana,
con que siempre al Duque mira,
que del amor los desvelos
el alma cifra en los zelos,
quando con los ojos tira.
Mas ya he pensado el remedio,
que no me desvelo en vano,
y así, contra un Rey tirano
obre Dios, y tierra en medio.
Hasta ver el fin que aguardo,
hoy al Duque he de engañar,
y mi peligro excusar
con un término gallardo,
que para no ver su muerte
quiero anteponer la mia,
quiérole bien, y queria
obligarle de esta suerte.
Luc. Costoso remedio intentas.
Eug. Al precio de mi deseo
hago tan costoso empleo.
Luc. Yo al paso que tú le alientas.
Sale el Duque.
Duq. Duquesa, señora mia,
sola estais? por qué ocasion?
Eug. Nuevas de Milan, que son
de grande melancolía
para mí, me han desvelado,
que mi hermana Doña Elvira
está indispuesta, y me admira,
que no me hayan despachado
las nuevas con el correo.
Duq. No querrán daros pesar.
Eug. La licencia me has de dar,
y gusto en este deseo
de hacer una gran fineza.
Duq. Mas qué quereis irla á ver?
Eug. Dareisme vida en querer
acep-

aceptarlo. *Duq.* La certeza
que hiciereis del grande amor
con que os estoy adorando,
aunque en parte está dudando,
como ha de ser inferior
vuestro gusto, os lo concede.
Eug. Déos el Cielo larga vida,
y el vuestro siempre se mida
con el aumento que puede.
Qué bien mi industria se traza *ap.*
para mi atrevido intento.
Duq. Qué bien á mi pensamiento, *ap.*
y al rigor que le amenaza,
daré lugar, porque ausente
de Nápoles, mi esperanza
hará de mi confianza
una certeza evidente.
Voyme al parque, la partida
prevenid. *Eug.* Tan gran merced,
Duque, á mi cuenta poned.
Duq. Déos el Cielo larga vida. *Vase.*
Eug. Fingiendo quiere engañarme,
su rostro lo da á entender;
pero es hombre, yo muger
determinada á vengarme. *Vase.*

Salen el Rey y Leoncio.

Rey. Leoncio, ya tus consejos
tibiamente te acreditan,
pues mi muerte solicitan,
siendo evidentes reflexos
de la obstinada crueldad
de Estela, tan desabrida
á la quietud de mi vida.
Leonc. Perdone tu Magestad;
lo que yo mas he culpado,
solo ha sido el ofender
á Rugero, que es poner
nuevo riesgo á tu cuidado.
A lo que se quiere bien
jamas se ha de disgustar,
porque es desacreditar
á quien se estima; y en quien
no tiene culpa, tampoco
es acertada la ofensa.
Rey. Quién con el furor dispensa,
si está muerto ó si está loco?
Leonc. El valor todo lo alcanza,
y mas de un Rey.
Rey. Pues es justo
acreditar mi disgusto?
Leonc. Mas injusta es la venganza
de un Rey. *Rey.* Leoncio, quedo,
que ya de reprehension
pasas la jurisdiccion:
Pruebo á olvidarla, y no puedo;
soy Rey, soy mozo, soy hombre:
de mayores tiranías
hay Historias; mira á Urías,
siendo de David el nombre
tan celebrado en el mundo.
No es injuria querer bien
mostrar al Duque desden;
que en este rigor me fundo.
Leonc. Aquí viene Estela.
Rey. Ay Cielo!
cómo la tengo de hablar?
Leonc. No me atrevo á aconsejar,
y en acertar me desvelo.
Rey. Tú verás como el rigor
la modera las acciones.
Leonc. Todo es Amor invenciones,
todo es engañar Amor.
Rey. Con un retrato que tengo
suyo la he de desvelar.

Saca un retrato, y sale Estela.

Estel. Entre el temor y el pesar,
medrosa y confusa vengo:
grandes fuerzas tiene Amor;
pero si el honor le asalta,
lo que del amor le falta,
mal lo suplirá el honor.
Beso á vuestra Magestad
los pies.
Rey. Notable belleza! *Al retrato.*
el triunfo de mi grandeza
sacrifico á su deydad:
Desde el cabello á los ojos,
aquella distancia breve,
á la plata y á la nieve
causa envidia y causa enojos.
Estel. Señor, Estela está aquí,
de tantas desdichas dueño.
Rey. Aunque con capote y ceño,
jamas tal belleza ví:
sus cejas son arcos bellos,
sus ojos saetas son

de Amor, costosa invencion,
pues siempre mata con ellos.

Estel. El Rey con tenerme en poco,
quiere aumentar mi castigo.

Rey. Quando con amor la obligo,
á mas rigor la provoco:
(es Estela) en sus mexillas
jazmin, y claveles son
de su boca emulacion;
pero sale á resistillas
la escarcha helada del Cielo,
y como es su rostro el Alva,
los alegra haciendo salva
el oro de su cabello.

Estel. Volverme quiero. *Hace que se va.*

Rey. Obscurece
con su ausencia mi alegría,
y el claro y sereno dia
que vuelve noche parece.
Ola, Leoncio? *Leonc.* Es á mí
á quien llamais? *Rey.* No lo ves?
Quién ha entrado aquí? quién es
esa Dama? *Estel.* Bien temí *ap.*
hablar á un Rey ofendido.
Yo, señor, te quise hablar,
y no me has dado lugar.

Rey. Estela, estoy divertido
con la belleza mayor,
con la mayor hermosura
que ha dado humana pintura
á las finezas de Amor.
Llegad, que estar transformado
un Rey en otro sugeto,
aunque no es acto discreto,
está en parte disculpado.

Estel. Dos disculpas me previene,
señor, vuestra Magestad;
pero mi mucha humildad
no es justo que las condene.
Goceis la belleza tanto,
que al encarecerla imite,
y el gusto que os solicite
cause á la fortuna espanto:
que qualquiera admiracion
no iguala al merecimiento
de tan gran señor. *Leonc.* Violento
discurrir, torpe eleccion! *ap.*
quando cercada de enojos
consuelo viene á buscar, el ...
con su amor le quiere dar ...
y su retrato en los ojos.

Rey. Tomadle, y no culparéis
el hallarme divertido.

Estel. Muy justo desvelo ha sido,
muy poco le encareceis:

Toma el retrato Estela.

Mi retrato es: qué invencion!
á poder de un Rey! mas veo
una falta. *Rey.* No lo creo.

Estel. Yo lo diré, si el perdon
vuestra Magestad concede
á mi rudeza. *Rey.* Y consiste?

Estel. En que tiene el rostro triste.

Rey. Eso remediarse puede.

Estel. Es imposible, señor,
que aunque haya mas bizarria,
no consiste la alegria
en la mano del Pintor,
ó quedará desayrado
el dibuxo angelical,
que haces con el Sol igual.

Rey. A mí me parece ayrado,
y á vos triste?

Estel. Si es verdad,
que siempre nace la ira
de la tristeza, no admira
que se ofenda su beldad.

Rey. Conoceisla? *Estel.* No señor.

Rey. Mucho me holgara que fuera
vuestra amiga, porque diera
suspension á este rigor
vuestro cortés proceder,
advirtiéndome el enfado
que tan triste ha desvelado
á tan divina múger.

Estel. Por el respeto que debo
á su belleza, señor,
y á vuestro alentado amor,
hablar por ella me atrevo.

Rey. Está bien.

Estel. Qué Rey amante,
no digo yo con desvelos,
pues á la luz de los Cielos
es la suya semejante,
sino que amara constante
un minuto á una muger,

in-

industrias para ofender
sus desdenes fabricara?
esto el retrato declara,
que sabe hablar y temer.
Los Reyes premian tan bien,
que á quien á sus pies se humilla,
les suelen dar una Villa
por el precio de un desden:
y en correspondencia, quién
viéndose favorecido,
qué Rey no ha distribuido
grandezas de su Corona?
que Rey que no da ú perdona,
ni amante ni Rey ha sido.
En arrogante bosquexo,
es de Dios su Gerarquía
un eco de su harmonía,
y de su luz un reflexo;
y así ha de ser claro espejo,
que á un compás lo que figura,
ha de mostrar la luz pura,
y con tanta claridad,
que consuele la fealdad,
y acredite la hermosura.
Amor es correspondencia,
que hace una transformacion,
que se dirige á la union
de semejante influencia:
y asi con esta advertencia,
el que amó y el que es amado,
elige en un mismo estado;
y esta fé ha de estar presente
en el amante prudente,
aunque esté el amor pasado.
Esto en los ojos escribe
bien desvelado el retrato,
que lo que exercita el trato
en la vista se concibe:
y pues desvelado vive
vuestra Magestad por él,
retoque el alma el pincel
con la color que pretende,
ó no culpe, si le ofende
la tristeza que hay en él.

Dale el retrato al Rey, y salen el Duque y Rugero cada uno por su parte.

Rug. Aquí está con mi hermana el Rey: ha Cielos!
qué bien de mis desvelos
certezas acredito;
un etna igualo, si un bolcan imito!
que en lance tan costoso,
huyendo el daño, en su rigor reposo!

Duq. Que Estela escucha al Rey! rabiosos zelos,
suspended mis desvelos,
que ya la suerte mia,
si viene ayrada, en su rigor porfia.

Rug. Mi furia se divierte,
que en remediar mi daño está mi muerte.

Rey. Rugero, no llegais? Duque, qué es esto?

Rug. A servirte dispuesto,
aunque medroso llego.

Estel. Qué vano pensamiento, loco y ciego,
furioso me ha engañado!
que entrase á ver al Rey! necio cuidado!

Duq. Señor, como desvelo el pensamiento,
de tu agrado instrumento,
en cuidadoso objeto
de tu gusto, á quien siempre estoy sujeto,
medroso á tu sol llego,
que aunque alienta su luz, ofende el fuego.

Rey.

Rey. Si bien de esa advertencia
su estilo alabo, y estimo la evidencia,
no disuelvo el engaño,
ántes diverso comunico el daño,
en quien los Reyes viven
quando lealtad en su quietud conciben.
Nada en mí ausencia ignoro,
á todos comunico con decoro
mi amor y mi cuidado,
solo de quien le da recibo enfado,
y en mi rostro está escrito
el enojo y perdon que á Dios imito.

Salen Teodoro viejo y Tiberio.

Teod. Si el aliento no me falta,
que ya de mis pasos torpes
desacreditadas fuerzas
les da sus respiraciones.
O Duque, el mas desdichado
que la fortuna entre horrores
ha executado venganza,
y aniquilado opiniones!
De llegar tan deslumbrado
su Magestad me perdone,
que causa de tal efecto
sus desvelos reconoce.

Rey. Qué tienes?

Rug. Qué es esto?

Duq. Acaba,
que mas te acreditas torpe
en suspender nuevas tristes,
que en descorteses razones.

Teod. Madama Eugenia tu esposa,
Matrona, de cuyo nombre
la virtud y la hermosura
eternizará opiniones,
para mi Corte partió;
nunca los hados atroces
de su inquietud se acordaran,
tan dueño de execuciones.
Llegamos al ancho Tigris,
cuyas corrientes veloces
en sierpes de plata al Mar
tributarias le socorren,
cuya corriente risueña
quisimos romper por donde
hiciese senda el baxel
mal prevenido á sus golpes;
pues un veloz uracán
el barco nos buelca y sorbe
tan pronto, que en solo un ay
ciframos llantos y voces.
Todos, olvidando el miedo,
á la Duquesa socorren,
en cuyo empeño sus vidas
hizo fortuna conformes.
Yo pues á quien le corrian
tan justas obligaciones,
animando prontitudes,
acreditaba temores.
Vinieron á socorrernos
de los baxeles á donde
iba á embarcarse Madama;
mas quando la suerte corre,
vigilante la desdicha,
infelice á los rigores,
ni hay diligencias que valgan,
ni prevenciones que importen.
Solo yo que deseaba
la muerte, que en ocasiones,
si la olvidan se aparece,
y si la llaman se esconde,
me escapé, que Marineros
y alentados Pescadores
me dieron vida, porque
eternamente la llore:
viva ni muerta parece.

Duq. Para, detente, no cortes
el hilo á mi triste vida,
pues del Cielo los rigores,
con la fortuna ajustados,
hoy á mi suerte se oponen.

Rey. Duque, suceso tan triste
siento en el alma. *Duq.* Perdone
vuestra Magestad, que voy

á hacer nuevas invenciones
para buscarla, y saber
si el Cielo ó el mar socorren
injurias de mi fortuna,
desdichas de mis temores. *Vase.*
Rey. Mucho lo siento, Rugero.
Rug. Señor, digno es de que asombre
suceso tan desdichado.
Estel. Y tambien de que le llore.
Rey. Voy á consolar al Duque,
que el sentimiento es conforme
al amor que le he tenido.
Rug. Bien el Cielo lo dispone.
Rey. Acabado el sentimiento,
quién duda, que el Duque goce
nombre de esposo de Estela?
mal gozaré sus favores.
Rug. El Cielo lo ha permitido,
para que mi hermana cobre
de su opinion la excelencia,
y yo de mil triunfos goce.
Estel. Ahora echarán de ver
los que á mi amor se anteponen,
quien es el valor de Estela.
Rey. Amor, las alas descoge
mas veloz. *Rug.* Alegre fin
les prevengo á mis temores.
Estel. Mi nombre he de hacer eterno.
Rug. Eterno he de hacer mi nombre.
Tib. Lindamente lo han creido.
Rug. Y si á fuerza de opiniones,
sin Honra no hay Valentia,
yo seré valiente y noble.

JORNADA TERCERA.

Salen Teodoro, Toribio y Madama Eugenia vestida de Letrado.

Eug. Teodoro, no puedo mas;
ya ha dos meses que pasó
la nueva, que acreditó
mi muerte: muy necio estás
en no darme permision
para que en Palacio vea
el fin que mi amor desea,
usando de la invencion
que he intentado.
Teod. Tu cordura
mal se muestra en este trage.
Eug. Querer que mi gusto ataje,
ya no es consejo, es locura.
Torib. Y yo, que voy de Breton
á dispensar pareceres,
si me columbraren, quieres
que hagan de mí salpicon?
Vine á valerme de tí,
huyendo del Duque ayrado,
y ahora me trae el pecado
donde el daño cometí.
Líbreme Dios de un criado
de un señor barbiponiente,
con atomos de valiente,
y con nombre de alentado;
que en el estanco florido
del señor Embaxador,
cantará, que á su señor
con seis muertes le ha servido,
y serán de algun Rosario:
asiendo de estos reveses,
vine á servirte dos meses,
que el vivir es necesario
para ver.
Eug. Yo sé que ha habido
muger, que habiendo pasado
algun tiempo, se ha casado
dos veces con un marido,
porque tuvo la primera
por muerta. *Teod.* Dices muy bien.
Eug. Pues yo retirada, quién,
si muerta me considera,
aunque me encuentre en la calle,
me tiene de conocer?
que el trage de una muger
hace diferente el talle.
Quiero, amigos, excusar
andar de villana á solas
entre rústicas cabañas,
por ser comunes patrañas
de Comedias Españolas.
Qué Princesa entre villanos
puede asegurar su honor
con soledad y temor,
siendo de su honor tiranos?
Torib. En Roma nos has tenido
un mes con tus pretensiones,

y

y en la que ahora nos pones,
me tiene desvanecido
tan costosa execucion.
Eug. Dirás que soy un Curial
de Roma. *Torib.* Hay suceso igual?
Eug. Que con esto mi intencion
ha de quedar conseguida;
tomareis casa apartada
de Palacio. *Torib.* Esto, á no nada,
vendrá á costarme la vida.
Eug. Direis, que soy un Letrado,
pues Bartulos y Jasones,
en actos y en conclusiones
en Mántua me han desvelado.
Teodoro se puede estar
con el Duque, para ver
su inhumano proceder,
y el fin que ha de conquistar
mi dudosa pretension:
Rugero no hable con él
sino un dia; al Rey cruel,
dos ó tres: si en su opinion
estoy muerta, claro está,
que quien soy ha de dudar,
aunque me lleguen á hablar.
Torib. Dices bien; pienso que ya
empiezas á ser Letrado,
pues nos sabes concluir.
Eug. Segura pienso vivir.
Teod. Ya Estela se habrá casado,
pues el tiempo lo ha dispuesto,
con tu esposo. *Eug.* Arrepentido
dirás, si bien me ha querido,
que lo que enfada mas presto,
es lo que mas se desea:
venid, no me desperteis
memorias tan peregrinas.
Teod. No sé á qué fin te encaminas.
Eug. Con el tiempo lo sabreis,
pues la ocasion me asegura,
que la humana diligencia,
segun dice la experiencia,
es crisol de la ventura. *Vanse.*

Salen el Duque y Estela.

Duq. Ya, Estela, ya, gloria mia,
el triste luto he dexado,
porque de tu sol hermoso
no le consienten los rayos.
Ya llegó el tiempo, mi bien,
que siempre estuve esperando,
porque en igualdad gocemos
eterno gusto y descanso.
Ya eres Duquesa de Cápua,
ya su señora te llamo,
que quien es del alma dueño,
y tan dueño, que retrato
en tu venerado acuerdo
la inclinacion que consagro,
por mi deidad la respeto,
pues de nuevo enamorado,
comunico á los sentidos
desvanecidos aplausos.
Poco, mi gloria, te alegras,
pues de regocijos tantos
desprecias con suspensiones
tan gustosos desengaños.
Estel. Ay Jacinto, ay Duque, cómo
(ay mi señor!) dónde, quándo,
amor colmó los deseos,
ni suspendió los agravios?
Murió tu esposa, mi bien,
rigor de fortuna ayrado;
si lo has sentido, me ofendo;
si no lo sientes, me agravio;
porque, señor, si á tu esposa
que con tan estrechos lazos
comunicaste finezas
con amorosos regalos
de esposo, tan brevemente
los has olvidado, quando
goces los mios, quién duda
que te suceda otro tanto?
porque yo no he de pensar
que en méritos aventajo
de nobleza y de hermosura,
que fuera grosero enfado.
Al fin, Duque, aunque eres noble
eres cruel, que obligado
serán libres tu finezas
ó tus pensamientos falsos.
Pues yo, por lo que te quiero,
por lo que se ha murmurado,
por lo que debo á tu honor,
por la opinion en que estamos,
lloro su muerte, que al fin
fué tu esposa, y es ingrato

quien

quien de lo que quiere bien
no siente el costoso daño
que le sucede: es razon,
que lo que con tierno llanto
se ha de sentir, se celébre
con alegres desenfados?
Duque, yo no sé quien eres?
yo le confesé á mi hermano
que fuí tú esposa en secreto;
forzoso fué el confesarlo
porque no me diese muerte,
y por poder entretanto
buscar remedio á su enojo;
que te quise bien declaro;
que te adoré reconozco,
mas con honesto recato.
Amor goza en su carrera
tres diferentes estados,
principios, medios y fines,
y en todos tres hay asaltos
de fortuna: En los principios,
temor de no haber gozado
aquello que bien se quiere;
y en los medios, ya gozado
el pensar que ha de perderse;
y en el fin, el desengaño
del tiempo con el olvido.
Yo si al primero he llegado,
no quiero pasar de allí,
que si con tu igual, ingrato,
tal desayre te acredita,
tal ofensa ó tal espanto
de desden y de rigor,
yo que soy ménos, qué aguardo?
Ya te juzgo arrepentido,
ya te considero ayrado,
ya que te enfado parece,
ya que te ofendo y te canso,
ya que me aborreces veo,
y ya que muero á tus manos,
que quien aprendió rigores,
tarde ó nunca ha de olvidarlos.

Duq. Si no te hubiera querido,
dulce Estela, cielo claro,
con tan superior fineza,
que puede oponerse á quantos
han dado al Amor la vida,
pues del mismo Amor triunfaron:
por esa fineza sola,
por ese exemplo tan raro,
por ese estilo invencible,
y ese desden recatado,
si tuviera dos mil vidas,
si viera á mis pies postrados
los Imperios que rindieron
tantos Césares Romanos,
para servirte era poco,
y para premiar el lauro
que le da á la perfeccion
tu entendimiento gallardo.
Olvidar lo que se quiere
por lo que se está adorando,
no es delito, Estela mia,
que es un opuesto esforzado
de la misma inclinacion:
los efectos es muy llano
que no los puede oprimir
el alvedrio, que es parto
de lo que el sentido engendra;
pero pues me has obligado
por tan agradable modo,
yo doy palabra, que en quanto
fuere tu gusto, asistir
á tu eleccion. *Estel.* O me engaño,
ó viene el Rey. *Duq.* Y Rugero.

Estel. A buena ocasion llegaron.

Salen el Rey, Rugero, Dionisia, Leoncio y Tiberio.

Rey. Duque, huelgo de encontraros;
guardeos el Cielo. *Duq.* Tus pies
beso, señor. *Rey.* Tiempo es,
pesame de disgustaros,
de que se ponga en razon
tan grande desabrimiento
como en vuestro enfado siento,
causa de la confusion
en que está el Reyno.

Duq. Ajustado
puedes, señor, disponer
á tu gusto; obedecer
es mi desvelo y cuidado.

Rey. El Duque de Mantua escribe,
que habeis muerto á vuestra esposa,
fué su hermana y prodigiosa:
guerra contra mí apercibe,
pidiendo vuestra cabeza,

y de mí satisfaccion
de su injusta presuncion;
yo tengo mucha certeza
que sois muy gran Caballero,
y así os quiero aconsejar
como amigo, y ajustar
por el intento que espero.
Duq. Tu gusto he de obedecer.
Rey. Oid lo que me desvela:
Si os desposais con Estela,
evidente parecer
tendrá el Duque en su opinion;
y si no, dandoos esposa
á su gusto, es mas dudosa
la furia de su intencion.
Agradarle será justo;
querer á Estela es forzoso,
qualquier lance es prodigioso;
mirad lo que os da mas gusto.
Duq. Señor, quando el Duque quiera
guerra injusta, Estados tengo,
y gente que ya prevengo;
poco su furor me altera.
Rey. Si; pero culparáme á mí,
y ahora por Juez me nombra.
Duq. Tu gran confusion me asombra,
justamente la temí.
Rey. Yo quiero bien á Rugero,
y si sois de esa opinion,
me opondré á la execucion
del Duque de Mantua.
Duq. Espero
de su notable valor,
que le sabrá contrastar.
Rey. Quando nos quiera obligar
con guerras, á su furor
él puede con mi Estandarte,
y vos con la gente vuestra,
resistirle, dando muestra
al Duque y al mismo Marte
de su injusta pretension;
pues inadvertido está,
Rugero le impedirá
la deslumbrada opinion.
Rug. Yo, señor, con tu licencia,
en esa guerra no soy
necesario. *Rey.* Cierto estoy,
Rugero, de tu prudencia;
por qué con necia porfia
desestimas mi favor
y gusto? *Rug.* Porque, señor,
sin Honra no hay Valentía.
Quando esté mi hermana honrada
con arrogantes blasones,
acreditando opiniones,
será valiente mi espada.
Bastaráme divertido
solamente imaginar,
que hay de mí que murmurar,
para que vuelva vencido:
que el que pelea alentado,
quando su arrogancia admira,
solo en los golpes que tira
ha de poner el cuidado;
porque si es daño menor
morir, que no ser honrado,
en el menor ocupado,
lo ha de vencer el mayor.
Mi hermana se ha de casar
con el Duque, sin temer
valor, industria y poder:
todo se ha de atropellar,
que mayor daño es al doble,
si en lo que debe concuerda,
que un Exército se pierda,
que la calidad de un noble;
que una batalla perdida,
el alentarse le sobra;
pero el honor no se cobra,
aunque se pierda la vida.
Rey. Teneis gallarda opinion.
Estel. No la ha tenido en pensar,
que el honor le ha de faltar,
pues no se ofreció ocasion.
Rug. El Rey responda por mí,
que respeto este lugar.
Duq. Del Rey nació este pesar,
siempre el daño le advertí.
Estel. Digo, invicto Monarca, Rey supremo,
ajustada al extremo
de mi clemencia costosa,
si bien acreditada, maliciosa,

que

que al Duque no le estimo,
ni por esposa á su eleccion me animo.
Y presupuesto, que ignorante y necia
no imitara á Lucrecia
en resistir honores,
y le hubiera colmado de favores,
por el poco respeto,
que tuvo á un casamiento tan perfeto,
digo, que le perdono y le aborrezco;
y que á morir me ofrezco,
por mas agradecida
á mi muerte, que al ver perder la vida
á su esposa inocente,
que si él ingrato fué, yo soy prudente.
Quísome, aborrecióme, pues zeloso
fué de otra Dama esposo;
pues si dexó á Madama,
procurando alentar la ciega llama
de mi pasado abismo,
quién duda que á otro lance hará lo mismo?
No hay fuerzas contra Amor desvanecido
para alentar su olvido,
como exemplos ingratos,
mudables suertes, y violentos tratos;
que amante sin firmeza
no aguarda de su honor la fortaleza.
Muerta, oprimida, desvelada, quiero
llegar al fin postrero
de mi infelice vida,
por ser á mi firmeza agradecida;
diga el mundo: Aquí yace
Estela Fenix, pues que muere y nace.

Rey. Resolucion notable y desabrida!

Duq. Si de mi amor se olvida,
á su gusto me ofrezco,
pues gozar su belleza no merezco.

Rug. Yo, si fuere atrevido,
como perdon al Rey, licencia pido.
Quando de triunfos altivos,
señor, que en tu nombre al ayre
dieron puntapies de horrores,
para que al Cielo avisasen,
que detuviesen los rayos
en las fieras tempestades,
que atemorizan el mundo,
pues mi brazo era bastante,
y substituto del fuego,
Lugarteniente de Marte,
nubes de esquadras oprimo,
que arrojan lluvias de sangre,
tan precipitado al tono
de los clarines y parches,
que la fama se extremece,
quando se pára á escucharme.
Y quando la horrible muerte,
que nunca perdona á nadie,
aficionada á mis golpes,
huyó de darme combates;
vine, mas que victorioso,
de haber servido arrogante:

tu Real Magestad glorioso
de que á tus pies me postrase.
No me asombraron tremendas
Esquadras de Capitanes,
que en montes de fuego y plomo
los rayos del Sol combaten.
Las murallas mas sobervias,
los Castillos mas pujantes,
á mi obstinada opinion
le rindieron vasallage.
Y quando estuve á tus pies,
merced que los Cielos hacen
á los Reyes, oprimido
temí, temblé de mirarte,
no de temor, de pensar,
que quien sirve, aunque le ensalce
la fortuna, siempre engendra
costosas seguridades.
Dice pues su Magestad
(qué bien dice!) que no valen
sin honra grandes servicios,
pues el honor es mas grande.
La causa de esto habrá sido
la inclinacion inconstante
de una muger, pues sus yerros
es justo que yo los pague.
Confieso, que con amor
mi hermana se desvelase;
la inclinacion deuda es mia,
y esta no puede afrentarme
si no ha habido execucion;
y si la ha habido, bien sabe
su Magestad, que no es bien
que á mí la afrenta me alcance;
que si él me envió á servirle,
y yo, por asegurarme
el honor, se la entregué
como á Rey, amparo y padre:
si su liviandad fué cierta,
no es justo que á mí me infame,
que las costumbres se aprenden,
y las calidades nacen.
Si en mi poder sucediera,
y por necio ó por cobarde
me hubiera tenido en poco,
fuera muy justo culparme.
Si yo dexase una joya
de rubíes ó diamantes
á guardar y la perdiesen,
no es razon que la cobrase?
Rey, esta joya te dí,
mas que todo un Reyno vale,
manda volvérmela luego,
ú satisfaccion bastante.

Rey. Hay confusion mas terrible!
notables dificultades
en este caso se ofrecen!
Duque y Rugero, escuchadme:
Si oprimo al Duque, y despues
Estela no ha de casarse,
decid, qué medio darémos,
que sea á todos agradable?

Leonc. Nombra Jueces, gran señor,
que las leyes satisfacen
á la razon, y con ellas
es fuerza que han de ajustarse.
Estela, el Duque y Rugero,
á lo que tú les mandare,
con agrado y con acuerdo,
por razon de estado:- *Rey.* Nadie
habrá que lo contradiga.

Estel. Obediente á lo que mandes
estaré, como no sea
que con el Duque me cases.

Duq. En qualquiera execucion
haré lo que el Rey me mande.

Rey. Alto pues, nómbrense Jueces,
pues me está bien excusarme
de apasionado. *Teod.* Yo sé
de uno que llegó ayer tarde
de Roma, que aunque es muy mozo,
en caso tan importante
satisfará con prudencia
sin que dé disgusto á nadie.
Y si de estas divisiones
no absolviere y ajustare,
yo quiero que la cabeza
me corten luego. *Duq.* Ignorante,
por qué tan resuelto dices
tan notable disparate,
que nos provocas á risa?

Teod. Porque en Roma fué tan grande
su opinion, que se llevaba
quantos casos importantes
su Santidad proponia.

Rey. Pues vayan luego á llamarle,

y

y aclare esta confusion.
Duq. A dónde, Teodoro, hallaste
hombre de tanta opinion?
Teod. Como Estela no se case,
yo sé que estas confusiones
las absuelva y las declare.
Duq. Mira, Teodoro, el peligro,
pues el que se ofrece sabes.
Teod. Voy por él. *Vase.*
Rey. Déxenme solo,
y no haya mas novedades,
Duque, que me enojaré:
Rugero, pues sé estimarte,
no me enojes mas: Estela,
mirad bien caso tan grave,
que aunque muestro mansedumbre,
tambien yo sabré enojarme.
Vanse todos, y quédase solo el Rey.
Qué bien pintan ciego á Amor,
pues hasta á los Reyes hace,
que siendo Argos de su Reyno,
la luz de razon les falte.
Yo he sido la causa, yo,
de tan grandes novedades,
y así suspendo el enojo,
que por causas semejantes
falta á veces la justicia,
y las Repúblicas graves
desacreditadas viven.
No mas amor, no mas lances,
que no es justo que los Reyes,
pues que son del Cielo imagen,
sean injustos y crueles,
que á todo son responsables. *Vase.*
Salen Madama Eugenia, Teodoro, Tiberio y Toribio.
Eug. No sé, Teodoro, qué diga
de tan confuso suceso:
qué Estela con tanto exceso
de rigor se desobliga
con el Duque? no lo entiendo;
y el Duque tan divertido
puso mi muerte en olvido?
Mucho, Teodoro, me ofendo;
que aunque era buena ocasion
para volver al estado,
que mi amor ha procurado,
me desvela la opinion
del Duque. *Tib.* Señora, aquí
el Cielo te ha conducido
para firmeza ú olvido.
Eug. Yo sabré volver por mí.
Tib. Hoy mi vida está en tu mano,
si atajas mi pensamiento.
Eug. Quando hayas visto mi intento,
quedarás de verle ufano:
entra, y dirás que he venido,
y que conviene que esté
el Duque ausente. *Tib.* Yo iré.
Eug. De esto que digo advertido.
Vase Tiberio.
Torib. No has oido, que la soga
quiebra por lo mas delgado?
pues á eso estoy condenado;
ya me aprieta, ya me ahoga,
mal hiciste en no traer
contra-pasos de gaznate,
un Buleto. *Eug.* Disparate.
Torib. No es disparate temer,
y soy de miedo un abismo,
que hacer con injusto alarde,
que coma la gente tarde,
es pesado silogismo. *Sale Estela.*
Estel. Cuidadosa me desvela
el saber de aqueste Juez
la presumida altivez.
Torib. Aquí es ello, esta es Estela.
Estel. Ven acá, sois vos criado
de ese Hidalgo?
Torib. Cuius Madona,
ni estrato en la Macarrona,
non facho lo que implorado
adeso, adeso, Fratela.
Estel. Buen humor!
Eug. Yo estoy aquí
á tu servicio, y de mí
puédeste informar.
Estel. Recela *ap.*
mi confuso pensamiento,
que este es loco ú atrevido,
pues á juzgar ha venido
con tan ciego atrevimiento,
causa que es tan importante;
y dando el necio á entender,
que en razon le ha de poner,
él será tan ignorante

co-

como quien le dá licencia
para tan necio desvelo:
es Letrado? *Eug.* Esta recelo *ap.*
que ha de irritar mi paciencia:
hay tan necia remision!
Señora, yo soy Letrado;
y lo que tengo estudiado
me lo enseñó la razon.
Estel. Muy bien con eso negocia:
dónde le he visto otra vez?
Torib. En los confines de Fez,
que es cerca de Capadocia.
Eug. En eso echará de ver,
que tiene poca justicia,
que el temor con la malicia
siempre al reo dá á entender,
que el Juez que le ha de juzgar,
le conoció en otro estado,
como sombra del pecado,
que no le puede olvidar.
Estel. Eso será. *Eug.* Qué razon
hay, para que habiendo sido
el Duque tan presumido
de su infalible opinion,
quando su esposa vivia,
su gusto precipitase
para que se desposase
con amorosa porfia,
y ahora que está en su mano
publique que le aborrece?
Estel. Porque el Duque lo merece.
Eug. Qué tiene el Duque?
Estel. Es tirano.
Eug. Y qué tirano y qué necio, *ap.*
torpe, arrojado y confuso!
pues todo su objeto puso
en quien hace de él desprecio.
Qué causa dió? *Estel.* Qué mayor,
que siendo en la Primavera,
de nuestra edad lisongera,
él la planta y yo la flor,
tan unidos á un aliento,
tan sujetos á un cuidado,
que en dos almas desvelado,
se alentaba un pensamiento;
y estando en el lazo estrecho
de tan ajustada union,
con ciega resolucion
me olvidase? *Eug.* Fué mal hecho.
Estel. Vaya con Dios, ya imprimió
otro objeto su alvedrio,
que para olvidar el mio
de grande causa nació.
Esta causa, esta eleccion
de tan grande fundamento,
que arrebató el pensamiento
la pasada execucion,
partes tendria excelentes,
que esto arguye claridad;
pues con qué seguridad
de razones evidentes,
disculpará el haber sido
tan rebelde á su cuidado,
que á quien tanto le ha obligado,
tan presto ponga en olvido?
Una Matrona, que hacia
competencia á las Estrellas,
y en virtud, obscurecellas
con el mismo Sol podia.
Si olvida para volver
al gusto que ha aborrecido,
no Juez, si aquí le han traido
sobornos, dexe de ser,
aunque entendido, enfadoso.
Eug. No dice Estela muy mal. *ap.*
Yo, señora, soy Curial
de Roma, que es cargo honroso,
que me dió su Santidad;
sobornos, en claridades
de tan justas igualdades
no tuercen mi voluntad.
Si fuera esa Dama viva,
y os pudiera agradecer
tan piadoso parecer,
fuera fineza escogida;
mas primero es vuestro honor,
y el de vuestro hermano, en quien
tan raras partes se ven.
Estel. Honor sin gusto, es rigor.
Eug. Vaya con Dios la Duquesa,
que en efecto ya murió;
y pues Dios lo permitió,
que en la muerte todo cesa,
al honor se ha de oponer
obligaciones del gusto:
ea, señora, no es justo,

ni

ni es honrado proceder.
Estel. El diablo es el Juececillo
en este modo de hablar,
como no le ha de costar
mas de pensarlo y decillo.
Eug. Pues mude de parecer,
y crea que al mismo instante,
estando su Rey delante,
dos milagros ha de ver,
y entrambos en su favor,
tan grandes, que ha de asombrarse
quando llegue á asegurarse;
y mas, que si con rigor,
quando esto haya sucedido,
mudara de parecer,
yo lo sabré disponer,
de su desvelo advertido,
de modo que quedé ayrosa,
y el Rey sin ningun enfado.
Estel. Basta, que es bravo Letrado.
Torib. La barba es algo enfadosa,
que si fuera de escobilla,
fuera su ciencia mayor.
A Estela tengo temor,
y es muy grande maravilla
que no me haya conocido,
y así mirarla no quiero.

Salen el Rey, Rugero, Leoncio, Tiberio y Dionisia.

Rey. Mas de agradaros, Rugero,
que de mi gusto advertido,
me desvelo en disponer
con brevedad el intento
de vuestro agradable aumento.
Rug. Señor, por no anteponer
rigores á tu grandeza,
con humildad te respeto.
Rey. Bien se autoriza discreto
vuestro estilo: qué extrañeza!
Es este aquel gran Letrado?
es este aquel hombre insigne,
Leoncio, á quien estas causas
y disgustos se remiten?
y quien dicen, que en razon
las ha de poner sublime?
grande asunto para un mozo!
Torib. Ya la embisten, Dios te libre.
Rey. Habeis estado algun tiempo
en esta Corte? *Eug.* Aquí vine,
señor, con unos despachos
de Roma. *Rey.* Porque concibe
mi memoria que otra vez
os hablé. *Eug.* Vine á servirte.
Rey. Está muy bien, ya me acuerdo.
Leonc. Si Madama Eugenia vive,
ó yo me engaño ó es esta,
ó en su semejanza asiste.
Rey. Qué teneis determinado?
que vuestra opinion felice
á todos nos ha admirado.
Eug. A mayores imposibles,
señor, estoy enseñado.
Rey. Mozo sois, mas quien elige
estudiosas advertencias,
y con igualdad las mide
al alvedrio ingenioso,
divinidades felices
exercita en sus efectos
para sucesos insignes.
Eug. Si en esa opinion, señor,
vuestra Magestad me asiste,
bastará para que en todo
mi ingenio se verifique.
Estela está reducida;
es así, señora? *Estel.* Dixe,
y aun no lo dixe del todo,
como no me desobliguen.
Eug. Pues, divina Estela, oidme.
Yo he de casar á Rugero
con una Dama, que imite
al Rey en la calidad.
Rey. Qué dices, hombre, qué dices?
Eug. Lo que he de cumplir, señor.
Torib. Pobre Dama, Dios te libre,
que te vas ya despeñando.
Eug. Y al Rey tengo de servirle
con excusarle las guerras
que el de Mantua le apercibe.
Rug. Notable resolucion.
Rey. Algun familiar asiste
en este hombre: extraño modo!
Eug. Al Duque pueden decirle
que venga aquí.
Leonc. No está lexos.

Sale el Duque.

Duq. Dices bien, por persuadirme

